

# Repensar la región: reflexiones para un debate interdisciplinario

Oresta López<sup>1</sup>

*[...] la antigua reverencia del historiador por la geografía se ha manifestado estéril. Las más de las veces no ha producido sino esos capítulos preliminares que, en el mejor de los casos, definían el marco topográfico de un estudio histórico, en el que el influjo del medio ya no se hacía sentir después.*

JEAN-MARIE PESEZ, 1991.

*En este artículo se presentan diferentes cuestiones y reflexiones acerca de la teoría y la práctica de la región. El interés es abrir el debate interdisciplinario en torno a las prácticas profesionales que tenemos para elegir, definir, acotar y construir el espacio o la región de estudio en nuestras investigaciones. El texto permite hacer el recorrido de los compartimentos, cruces y desencuentros disciplinarios que se han dado entre historiadores y geógrafos, por su relevancia para construir conocimientos sobre la región. Ofrece un recorrido de prácticas de historiadores para "definir el espacio de estudio" desde sus anclajes nacionalistas decimonónicos, hasta los esfuerzos de Braudel por establecer una geohistoria con todo y sus complejidades temporales.*

133

*Se aborda, asimismo, algunos esfuerzos para entender las dinámicas de la historia de la región, desde los emprendidos por don Luis González, en su concepto de microhistoria del terruño conocido e íntimo, y sus desplazamientos teóricos. El texto reconoce la importancia de la construcción metodológica y de trabajar "la región como hipótesis" para entender su dinámica y sus numerosos vínculos y contextos posibles.*

Región • Interdisciplina • Geohistoria • Microhistoria • Espacio

<sup>1</sup> Historiadora y antropóloga de la Educación; doctora en Ciencias Sociales por el CIESAS-Occidente; investigadora de El Colegio de San Luis, A.C, ex presidenta de la SOMEHIDE. Líneas de investigación: las relaciones de género en la Educación, Magisterio y Educación rural, intercultural e indígena en los siglos XIX y XX. La investigación educativa en el noreste de México. Autora de *Alfabeto y enseñanzas domésticas: el arte de ser maestra rural en el Valle del Mezquital* (2001); y de *Entre lo emergente y lo posible: desafíos compartidos en la investigación educativa* (2007). Correo electrónico: olopez@colsan.edu.mx

*In this article multiple ideas and reflections about the theory and the practice of the region are introduced. The goal is to open the interdisciplinary debate about the professional practices we have available to choose, define, limit and build the space or region of study in our researches. The article allows to transit through the compartments, crossings and disciplinary conflicts between historians and geographers, due to the relevance to build knowledge about the region. It offers a walk through the practices of historians "defining the study space" from the nationalist XIX century anchorage, all the way to the Braudel efforts to establish a "Geo history" with all its temporary complexities.*

*Its also approaches some efforts to understand the historical dynamics from the region, all the way from those undertaken by Luis Gonzalez, in his microhistory concept of the well known and intimate "terruño" and its theoretical displacements. The text recognizes the importance of the methodological construction and of working "the region as a hypothesis" to understand its dynamic and numerous links and plausible contexts.*

Region • Interdisciplinary • Geo history • Micro history • Space

\* \* \*

## Introducción

Los historiadores mexicanos formados en las décadas de los ochenta y noventa del siglo xx—los de mi generación—estamos familiarizados con la crítica a la historia monumental y con el hecho de tomar afecto a la historia regional. Nos involucramos con las preocupaciones metodológicas de la historiografía francesa siempre ligada a la geografía histórica y a disfrutar a Braudel, sorprendiéndonos por su amplio manejo de datos sobre el entorno natural del Mediterráneo y sus propuestas para comprender la diversidad de usos del tiempo. No obstante, aun cuando nos hemos ocupado durante años en hacer historia regional, hemos sido poco reflexivos sobre los usos conceptuales que hacemos de "la región", pues en nuestra herencia positiva de hacer historia, resultaba obvio y suficiente con señalarla en un mapa o caracterizarla a partir de un simple cálculo geométrico.

De alguna forma compartimos estas preocupaciones con colegas de generaciones anteriores y posteriores que de igual manera no están satisfechos con la forma como aprendieron en la escuela a usar las referencias geográficas dentro de sus investigaciones.

Incluso a medida que el estudio es más lejano del presente, la necesidad de los mapas o de conocer físicamente la región se considera menor o en algunos casos se asume como una tarea prácticamente imposible, lo cual confirma una actitud de búsqueda positiva de la región, que pasa de lo dado, al determinismo, o a la nada, a la renuncia conceptual. En este orden de cosas, quizá no sea exagerado reconocer que nuestras referencias a "la región" han sido más afectivas e ideologizadas que teorizadas o reflexionadas.

Así, aun cuando podamos tener a la mano las referencias fuertes de la geografía, con sus hipótesis de la influencia física del medio natural sobre los grupos humanos, no tenemos la misma actitud de nuestros antecesores, ni la seguridad y el optimismo que los historiadores de los años sesenta y setenta depositaban en estas referencias para establecer un soporte científico de la historia.

En este ensayo presento, más que reflexiones pulidas y terminadas, un conjunto de interrogantes que he planteado en mi práctica profesional como historiadora y antropóloga de la educación, recuperando tanto mi formación como mi experiencia en diversas regiones de México, así como del contacto y debate conceptual con colegas geógrafos, historiadores y antropólogos ocupados de entender las dinámicas de la región.

Empiezo por situar los compartimentos, cruces y desencuentros disciplinarios que se han dado entre historiadores y geógrafos, por su relevancia para construir conocimientos sobre la región.

135

## Los historiadores y la geografía histórica

En su estudio sobre la construcción histórica de las ciencias sociales, Immanuel Wallerstein nos recuerda que la geografía, pese a ser muy antigua, no adquirió una importancia como campo científico sino a fines del siglo XIX.<sup>2</sup> No obstante, su indefinición disciplinaria la hacía acercarse tanto a las ciencias naturales como a las humanidades y hasta antes de 1945 tenía una virtud que a la vez fue su desgracia: era la única disciplina que intentó de manera consciente contar con una perspectiva mundial como objeto de estudio. Esto sucedió en momentos en que se compartimentaba más el conocimiento en disciplinas, mientras que la geografía se rehusaba

<sup>2</sup> Immanuel WALLERSTEIN; (coord.), *Abrir las ciencias sociales*, México, Siglo XXI, UNAM, 1996, pp. 29-30.

a la categorización y se mostraba tendiente a la generalización y sintetización con poco análisis. Se convirtió así en el pariente pobre de la historia, pero con consecuencias de más alto impacto dentro de las ciencias sociales:

En consecuencia, en las ciencias sociales hubo un relativo descuido del tratamiento del espacio y el lugar. El acento en el progreso y la política de organización del cambio social dio una importancia básica a la dimensión temporal de la existencia social, pero dejó la dimensión espacial en un limbo incierto. Si los procesos eran universales y deterministas, el espacio era teóricamente irrelevante. Si los procesos eran casi únicos e irrepetibles, el espacio pasaba a ser un mero elemento (y un elemento menor) de la especificidad.<sup>3</sup>

De tal manera que el espacio era una plataforma inerte para el desarrollo de los acontecimientos, o bien un contexto con ciertas influencias sobre los acontecimientos pero no dignas de analizarse a fondo.

En la práctica de los científicos sociales, las nociones de espacialidad no tenían mayor importancia y por ello era común que los investigadores se apoyaran en la división política del mundo. Las fronteras nacionales eran los límites espaciales para los estudios de filósofos, politólogos, economistas e historiadores.

136

Según Jean Pierre Raison, la geografía histórica como especialidad definida y reconocida no tiene aún en nuestros días sino un estatuto ambiguo e incierto que difiere según países y escuelas.<sup>4</sup> En Francia es donde la historia y la geografía han tenido su alianza más luminosa y próspera. En este país, todos los historiadores son un poco geógrafos y todos los geógrafos estudian también historia. Pero sus relaciones han sido tormentosas: estas dos disciplinas se hacen mutuamente la guerra o sus alianzas son muy frágiles.

Casi de la mano con la historiografía positivista, a principios del siglo xx era notorio que los geógrafos se consideraban los dueños de ciertas etapas y campos de la historia especialmente de lo económico y social, mientras que los historiadores se ocupaban de lo político.

<sup>3</sup> Immanuel WALLERSTEIN, *op. cit.*, p. 30.

<sup>4</sup> Jean Pierre RAISON, "Geografía histórica", en Le Goff, Chartier, Revel *et al.*, *La nueva historia*, Diccionario del saber moderno, Bilbao, España, El Mensajero, s.f., p. 234.

Con el nacimiento de la llamada escuela de los anales se logra una gran apertura en cuanto a los campos de la disciplina histórica, casi nada les será ajeno, ni el clima, ni lo rural. Trabajos como el de Marc Bloch y R. Dion sobre la historia rural de Francia mostraban que el territorio del historiador se modificaba y ampliaba:

Sin embargo, no se trata en modo alguno de tachar a los historiadores de imperialistas: el ensanchamiento de su propia visión va acompañado por el contrario, de una anchura de miras creciente y de un llamamiento claramente formulado a los geógrafos. Una ciencia progresa por sus márgenes y, lo que es más, muy a menudo débese a disciplinas intermedias el hecho de definirse con mayor precisión; en cierta manera, son los historiadores los que han ido precisando la orientación de la geografía, así como fueron los filósofos quienes lo hicieron con la de la historia.<sup>5</sup>

Los historiadores afines a la corriente de los Annales, desde su primera etapa, mostraron su apuesta a una forma más abierta de hacer historia, tocando temas apenas trabajados por los geógrafos, como las epidemias o la muerte. En este diálogo con la geografía y con otras disciplinas, Fernand Braudel, líder de la segunda etapa de Annales, hizo un llamamiento a hacer lo que denominó *geohistoria*, para:

137

Plantear los problemas humanos tal como los ve desplegados en el espacio y, de ser posible, cartografiados, una geografía humana inteligente: [...] hacer una verdadera geografía humana retrospectiva; obligar así a los geógrafos (lo que sería relativamente fácil) a prestar más atención al tiempo, y a los historiadores (lo que sería más difícil) a interesarse más por el espacio y lo que éste soporta, por lo que engendra, por lo que facilita y por lo que dificulta; en una palabra, inducirles a tener suficientemente en cuenta su formidable permanencia.<sup>6</sup>

Para Braudel, sólo la observación geográfica podría llevar a la profunda comprensión de los ritmos del tiempo. Quizá por ello Peter Burke afirmaba que a Braudel no le interesaban tanto Felipe II y quizá hasta el Mediterráneo, sino como medios para conocer la naturaleza del tiempo histórico.<sup>7</sup>

<sup>5</sup> Jean Pierre RAISON, *op. cit.*, p. 236.

<sup>6</sup> Raison recupera este llamado que hace Formand BRAUDEL en su gran obra *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, en la edición francesa de 1966, p. 246.

<sup>7</sup> Peter BURKE, *Sociología e historia*, Madrid, Alianza Editorial, 1987, p. 120.

Gracias a sus trabajos, podemos comprender que cualquier modelo geográfico que se pretenda sólido tiene que soportar las pruebas del tiempo. Así mismo, Braudel puso sobre la mesa de las discusiones la reflexión sobre cuáles podrían ser las determinaciones reales de la naturaleza y la diversidad de opciones que tienen los grupos humanos para enfrentarla. Abriendo de esta manera un diálogo entre la historia y las ciencias sociales.

La dedicación y profundización que Braudel llegó a tener en su estudio sobre las culturas del Mediterráneo y su interacción con el entorno geográfico lo llevaron a plantearse preguntas poco comunes entre los historiadores; decía por ejemplo; “¿Podemos pensar en las montañas sin sus habitantes?; ¿el Mediterráneo no es, ante todo, un mar entre montañas?; ¿y no conviene destacar esto con fuerza sobre el plano de la historia, ya que, generalmente, este hecho y sus múltiples consecuencias pasan inadvertidos?”.<sup>8</sup>

“¿Qué es exactamente una montaña?”; ¿diremos, entonces, que las montañas son algo así como los barrios pobres del Mediterráneo, sus reservas proletarias?<sup>9</sup>

138

Braudel no se limitaba a las fronteras nacionales para realizar su estudio, sino que construyó como objeto de investigación “una gran región” y tomó la cuenca del Mediterráneo para mostrar que más allá de las acciones del Estado y de las élites están los campesinos montañeses y su pobreza; están los elementos geográficos, demográficos y ecológicos, como factores que afectan de alguna forma cualquier actividad humana. Llegó a otorgar al medio ambiente un papel determinante en el destino de las sociedades humanas, de ahí el pesimismo y determinismo que se atribuyó a su obra. Fernand Braudel hizo una historia de larga duración que diera cuenta de una visión más estructuralista. En esta perspectiva y en alianza con los geógrafos, Braudel anunció una nueva forma de hacer historia “científica”, misma que fue continuada por Pierre Goubert y uno de los discípulos más brillantes de éste: Emmanuel Leroy Ladurie.

Ladurie, en su *Historia del clima*, profundizó el uso de las técnicas históricas combinadas con las geográficas, haciendo realidad la experiencia de una geografía histórica.<sup>10</sup>

<sup>8</sup> Fernand BRAUDEL, *op. cit.*, Tomo I, México, Fondo de Cultura Económica, 1976, p. 29.

<sup>9</sup> *Ibidem*, pp. 35-36.

<sup>10</sup> Emmanuel LEROY LADURIE, *Histoire du climat depuis l'an mil*, Flammarion, 1967.

P. Burke, no obstante, reconoció que lo más valioso del trabajo de Ladorie fue su historia de *Los campesinos del Languedoc*, donde aplicó un modelo no tanto geohistórico, sino más bien ecológico-demográfico, dando mayor peso a los cambios demográficos provocados por factores no sólo económicos sino también culturales y mentales. Burke le atribuye cierta influencia de la antropología social, pues se interesa por costumbres, modos de vida, parentesco, herencia y formas de pensar de los campesinos.<sup>11</sup>

Ladorie estaba atento a los cambios en el tiempo y en el espacio, hablaba de una historia “inmóvil” de grupos sociales en relación con su entorno y estudiaba un gran ciclo agrario con tres siglos de duración, del siglo xv a inicios del xviii, en el cual hubo un crecimiento y un declive que muestra una especie de retorno al punto de partida; no obstante, también se interesaba en integrar la historia de los acontecimientos y particularmente de aquellos que revelan las acciones a favor del cambio social como las revueltas y protestas.<sup>12</sup>

Para Lawrence Stone, el trabajo de Ladorie cae en el revisionismo histórico exacerbado, pues la forma en que pone la mirada concentrada en la vida material de las masas, desde un enfoque ecodemográfico, ignora un conjunto de transformaciones en la cultura y las elites que también participaron en esos cinco siglos de estudio:

139

En este nuevo modelo histórico, movimientos tales como el Renacimiento, la Reforma, la Ilustración y el surgimiento del Estado moderno simplemente desaparecieron. Se pasaron por alto las transformaciones masivas en cuanto a la cultura, el arte, la arquitectura, la literatura, la religión, la educación, la ciencia, el derecho, la constitución, la construcción del Estado, la burocracia, la organización militar, las disposiciones fiscales, etc., que tuvieron lugar entre los niveles jerárquicos superiores de la sociedad durante esos cinco siglos.<sup>13</sup>

Ladorie fue el más radical de una generación de historiadores ecológico-demográficos, que defendieron el estatus científico de la historia por apoyarse en la geografía histórica, la demografía histórica y la cuantificación. Incluso, Ladorie defendía la idea de que ninguna historia que no pudiera ser cuantificable podía decirse científica.

<sup>11</sup> Peter BURKE, *op. cit.*, 1980, p. 120.

<sup>12</sup> Emmanuel LEROY LADURIE, *op. cit.*, pp. 124-126.

<sup>13</sup> Lawrence STONE, *El pasado y el presente*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 101.

Desde la reflexión historiográfica cabe preguntarse por ese proceso mediante el cual se han ido aproximando los historiadores al reconocimiento del llamado anteriormente el "tercer nivel" y cómo el modelo ecológico-demográfico, pese al uso de la matemática y cartografía, puede caer en determinismos y anacronismos significativos si no valora la cultura de los grupos sociales y su influencia en el cambio social.

Si bien los historiadores franceses han contado desde siempre con una alianza no fácil pero estable, con los geógrafos, en países como el nuestro, enfrentamos rezagos considerables. En la década de los setenta, Alejandra Moreno Toscano reconocía que nuestros conocimientos sobre elemental geografía histórica estaban aún en el comienzo, que después de los esfuerzos de Del Paso y Troncoso y de Edmundo O'Gorman por trazar las divisiones geográficas de la Nueva España y por enunciar las grandes transformaciones territoriales de México, seguíamos con pocos estudios para desarrollar conocimientos de las regiones y sus transformaciones históricas. Las dificultades para comprender las transformaciones en los paisajes rurales y el significado de la vida en las ciudades medias porfirianas eran tan manifiestas que no rebasaban el nivel del relato melancólico sobre la provincia.<sup>14</sup>

140

Durante las décadas finales del siglo xx ha sido importante el desarrollo de estudios de demografía histórica y se han elaborado cartografías diversas y trabajos pioneros de historia urbana. Los retos son cada vez mayores, muchos historiadores seguimos estando a la zaga de las nuevas tecnologías informáticas para el diseño de mapas históricos en softwares. Ni siquiera para buenos materiales educativos contamos con estos recursos y seguimos haciendo a mano y con grandes imprecisiones nuestras artesanas representaciones cartográficas. Pero habría que añadir que el principal reto no es el técnico, sino la necesidad de apoyos conceptuales para definir las regiones que estudiamos.

Quizá uno de los legados históricos más importantes y originales para la comprensión de los pequeños espacios ha sido el trabajo que sobre microhistoria escribió don Luis González. Él pensó durante años escribir una historia desde su "patria chica" o más bien desde *la patria*, para cuestionar de alguna forma el centralismo y el olvido de la historia de pueblos y villas.

<sup>14</sup> Alejandra MORENO TOSCANO, "El paisaje rural y las ciudades: dos perspectivas de la geografía histórica", en *Historia Mexicana*, vol. XXI, núm. 2, México, El Colegio de México, octubre-diciembre de 1971, pp. 242-268.

## El terruño y la querencia

Cuando Luis González explica qué es un terruño –Según Eric V. Young– lo hace dentro de una narración de su propia experiencia vivida al comparar lo que vivió y vio en su pueblo San José de Gracia, a diferencia de la ciudad de Guadalajara. Mediante este procedimiento nos incorpora algunas nociones comparativas del terruño y la región:

Un terruño es un espacio corto, abarcable de una sola mirada hecha desde las torres del templo parroquial o desde una loma. Por término medio, un terruño mide de 500 a 1000 kilómetros cuadrados. Por regla general, un terruño en México equivale a un municipio o una parroquia. Es por lo menos diez veces más pequeño que una región y 50 veces menor que el promedio de los estados de la República Mexicana, donde caben cosa de 3 000 terruños distinguibles entre sí, pese a contener todos ellos rasgos comunes.<sup>15</sup>

Para los geógrafos, ésta sería una definición poco útil en el terreno científico por no apearse a las normas establecidas para clasificar el territorio, pero vale la pena tomar el asunto en serio: don Luis González nos pone frente a un problema cognitivo interesante, a saber: un recurso valioso para comprender lo que es el terruño es la empatía y el afecto que se le tenga. En esta operación cognitiva hay exigencias más altas que las que se plantean los antropólogos para construir sus datos, pues no basta “haber estado ahí” sino “haber nacido ahí”, tener las raíces y a los muertos en el lugar y “amar el sitio”.

141

En este orden de ideas, la mejor manera de formular los conocimientos sobre el terruño sería interrogando los afectos y las querencias y después escribirlo con libertad, no con la fría definición sociológica sino usando la narrativa y hasta el estilo literario. En su obra *Pueblo en vilo*, don Luis, puede mezclar ambas cosas, conceptos y afectos, y escribirlo en un estilo narrativo; su *Pueblo en vilo* se parece más a los trabajos de Agustín Yáñez por sus metáforas y el lenguaje de imágenes.

Los misterios de estas operaciones cognitivas y de escritura y sus efectos sobre los lectores, desde mi punto de vista, no son de fácil traducción.

<sup>15</sup> Ésta es la cita en que recupera Eric V. YOUNG a Luis González en su artículo “Haciendo historia regional: consideraciones metodológicas y teóricas”; en Pedro PÉREZ HERRERO, (comp.), *Región e historia en México (1700-1850). Métodos de análisis regional*, Antologías Universitarias, México, Instituto Mora, UAM, 1991, pp. 99-100.

Sin embargo, la propuesta de don Luis si bien nos llena el alma, nos plantea asimismo retos teóricos para conceptualizar la región. Lo que aporta es un aliciente, una invitación a “sentir” y querer el terruño, pero el uso de la geografía tradicional sigue impecable como contexto inicial, más como umbral que como cuerpo y sustancia de análisis.

### La región como hipótesis

Necesitamos herramientas conceptuales para entender la región, que contengan universalidad y posibilidades explicativas. En el siglo actual esto es cada vez más urgente, no se trata sólo de abordarlo desde nuestras tradiciones disciplinarias. Cada vez más estamos expectantes de construcciones teóricas e interdisciplinarias que den salida al falso antagonismo entre historia profesional como la historia de una nación, contra historia de aficionados que hacen historia de sus terruños. Se trata de enfrentar el concepto región y las múltiples posibilidades de éste desde las ciencias sociales y particularmente desde la disciplina histórica.

142 El concepto *región* para los antropólogos es parte de un instrumental necesario:

“No se trata de una categoría transhistórica, no expresa una definición real, no es un concepto unívoco (monotético) en torno al cual pueda construirse un tipo ideal o una teoría general de las regiones. Por el contrario, es un concepto histórico, politético, cuyo significado se modifica por circunstancias de tiempo y lugar”.<sup>16</sup>

Se trata de un concepto no fijo, que se construye por el investigador y que en la práctica de la investigación es utilizado de diferente manera por el antropólogo y por otros profesionales, como el economista, el geógrafo, etcétera.

Guillermo de la Peña otorga un gran peso a la historia para establecer las coordenadas de tiempo y espacio que definen los soportes de la construcción conceptual de la región, práctica que contrasta enormemente con el desinterés de algunos historiadores por definir el uso de estos conceptos. Al respecto Eric Van Young señala esta sorprendente falta de definiciones teóricas entre los historiadores regionales:

<sup>16</sup> Guillermo DE LA PEÑA, “Los estudios regionales y la antropología social en México”, en Pedro PÉREZ HERRERO (comp.), *op. cit.*, pp. 125-126.

Si se leen con cuidado los libros recientes sobre historia regional mexicana, se descubre rápidamente un hecho interesante: las regiones son como el amor –difíciles de describir, pero las conocemos cuando las vemos– [...] la razón es suficientemente clara: la mayoría de nosotros piensa que ya sabe lo que es una región: el área que estamos estudiando en este momento.<sup>17</sup>

En la práctica histórica, se toma generalmente a las regiones por el lado de su amplia vida histórica y el reconocimiento compartido de estos sitios dentro de la memoria en el presente. Se procede así con un concepto complejo sin descomponerlo o analizarlo previamente. Según Van Young esto se debe a que “las regiones son hipótesis por demostrar”; por ello, los historiadores de lo regional, cuando escriben, no le dan mucho valor a describir entidades previas. Pero en realidad trabajar el concepto tiene gran importancia, aunque sea, como dice Van Young, como pretexto para pensar. Young se refiere a las regiones geohistóricas y al concepto de regionalismo por la importancia que tienen para los mexicanos. Aquí nos ofrece la oportunidad de identificar la espacialidad de las regiones económicas, regionalidad (como la cualidad de ser de una región) y el regionalismo como “... la identificación consciente, cultural, política y sentimental que grandes grupos de personas desarrollan con ciertos espacios a través del tiempo”.<sup>18</sup>

143

La ventaja de ampliar las posibilidades del concepto región, como un tejido que se construye socialmente en la historia y no como entes administrativos o geográficos, ayuda a diseñar una metodología para la historia regional que derive en una historia menos encerrada en sí misma y más dispuesta a explicar la historia nacional.

Para Taracena, el concepto de Eric Van Young –el de *región* como hipótesis a demostrar–, constituye una fértil posibilidad para los estudios históricos regionales, para no ver la región donde no la hay, y recupera los conceptos de regionalidad y regionalismo que hemos descrito anteriormente. Anuncia, asimismo, que para construir los regionalismos –en el sentido de identificaciones que se dan entre grandes grupos de gentes respecto a un espacio– se requiere tiempo, empezando por el incremento demográfico, y también tienen importancia los actores con poder en los territorios y que constituyen elites regionales.<sup>19</sup>

<sup>17</sup> Eric V. YOUNG, *op. cit.*, pp. 99-100.

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 102.

<sup>19</sup> Pedro TARACENA, “Región e historia”, en *Desacatos, Revista de Antropología Social*, num. 1, México, CIESAS, primavera de 1999, pp. 28-35.

Por ello, no podemos menospreciar estos datos para entender la formación de una región, así como indagar en los documentos la creación de un lenguaje político del regionalismo que ayude a explicar su existencia frente al estado centralizado. Para Taracena, el destino de las regiones en América Latina va ligado a las construcciones económicas y político-culturales decimonónicas, en las que se acuñaron conceptos como: región versus nación, centralismo versus federalismo, ciudadanía versus corporativismo; conservadurismo versus liberalismo, etcétera.<sup>20</sup>

Estos conceptos originarios, se han hecho cada vez más complejos, contamos ahora con verdaderas cartografías conceptuales que requieren una traducción e identificación de sentidos en cada historia regional:

Depende de nosotros hacer de la historia regional un aparato de rayos X que no sólo nos ayude a explicar un fenómeno histórico local, sino que nos dé herramientas para analizar la construcción del Estado nacional y para entender el presente, más aún el de proyectos centrales en crisis, como en México, Colombia y Guatemala.<sup>21</sup>

144 Economistas, geógrafos y antropólogos han logrado identificar algunas regularidades del comportamiento económico de las regiones a partir de su sistema de mercado y de las redes de intercambio que se constituyen en torno a ciertas formas productivas o de comercialización. Más complicado aún ha sido comprender la constitución de regiones culturales, en donde, para el caso de México, los aspectos lingüísticos, étnicos, educativos y religiosos han jugado un papel relevante.

Uno de los asuntos que tensa de manera definitiva los conceptos hegemónicos de nación, territorio y región cultural es "el problema indígena" particularmente después de los años setenta, cuando diversas investigaciones y propuestas políticas se oponían a la homogeneización de las culturas y al concepto unívoco de "territorio mexicano". Desde la historia se reivindicaba la mirada a lo parroquial y local, a la *historia patria* frente a una historia patria centralista; Jean Meyer y Leticia Reina mostraron que no hubo una unidad nacional unilineal y progresiva de apoyo al Estado central, sino que hubo diversos levantamientos y protestas frente a la modernización y homogeneización.<sup>22</sup>

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 33.

<sup>21</sup> Pedro TARACENA, *op. cit.*, p. 34.

<sup>22</sup> Guillermo DE LA PEÑA, *op. cit.*, p. 18.

Desde la perspectiva de la antropología y su incisiva mirada al presente, De la Peña nos señala que conceptos como *territorio* y *ciudadanía étnica* adquieren nuevas dimensiones en una nación globalizada, y analiza la complejidad creciente de regiones con alto impacto del fenómeno migratorio, particularmente el caso de grupos indígenas migrantes que en la actualidad plantean demandas de doble nacionalidad, autonomía y respeto a los derechos humanos, etcétera.

Aunque de mala gana, los estados se han ido abriendo al reconocimiento de la heterogeneidad cultural y muchos gobiernos descubren que el reconocimiento de los derechos a ella inherentes es un requisito para mantener el consenso. La ciudadanía puede negociarse ante más de un Estado y la identidad nacional deja de ser monolítica. Y en un gran número de países existen grupos en diáspora, cuyas acciones resignifican los territorios y subvierten la concepción de éstos como autocontenidos e inmutables.<sup>23</sup>

Los historiadores han entrado con menos rapidez que los antropólogos al descubrimiento de estas grandes transformaciones culturales, quizá se deba a la herencia característica del oficio de tomar como fuentes de análisis documentos de cincuenta años atrás cuando menos, o tal vez a ese temor de estudiar lo contemporáneo cuando no se ha cubierto un conjunto de lagunas anteriores, o más aún, a la tradición de concentrar sus esfuerzos en hacer la historia de los grandes acontecimientos políticos.

145

## Las nuevas preguntas sobre la espacialidad desde la historia de lo cultural

En contra de la profecía de Ladurie de que el historiador para los años ochenta sería programador o no sería nada, lo que se vive actualmente es una gran variedad de formas de hacer historia y un cierto desencanto respecto a la cientificidad de los modelos económicos y demográficos o la misma cuantificación.

Existe un gran interés por los fenómenos culturales anteriormente olvidados o relegados, según George Duby, esto se debe también al impulso de disciplinas como la antropología, la sociología y la psicología, entre otras, que han mostrado múltiples posibilidades de estudiar a los grupos humanos. Ahora más bien se plantea la pregunta de si puede hacerse una

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 24.

historia política, económica y social sin considerar lo cultural. Las nuevas tendencias historiográficas reconocen que la cultura es el punto de cruce de las diferentes historias no sólo de temas contemporáneos, sino también de épocas remotas. Desde esta nueva vertiente historiográfica es posible plantearse nuevas preguntas sobre escenarios ya recorridos por los historiadores.

En uno de sus últimos trabajos, el historiador Francois Xavier Guerra advierte la existencia de una nueva discusión entre los historiadores del Antiguo Régimen, a saber: la tensión e insuficiencia teórica con que llegamos a este nuevo siglo para la aplicación de conceptos como el de *espacios públicos* en Iberoamérica.<sup>24</sup>

Este concepto según Francois-Xavier Guerra, se ha venido desplazando y modificando dentro de las ciencias sociales y particularmente en la historia ha sido replanteado desde las nuevas perspectivas historiográficas. El concepto de *esfera pública* de Habermas, si bien ha iluminado diversas investigaciones para develar las formas de la publicidad moderna, ahora, nos dice F. X. Guerra, nos obliga a reflexionar sobre su significado en sociedades no europeas y a explorar nuevos elementos que estuvieron ausentes en la arqueología que daba sustento al concepto habermasiano.<sup>25</sup>

146

Desde la historia cultural existe gran interés por comprender diversas sociabilidades que constituyen lo público, donde la lectura, la circulación de impresos y folletería, las escuelas, las ceremonias y los rituales y hasta el rumor son constituyentes de los espacios públicos modernos, dentro de la historiografía son nuevas vetas de estudio y muchas otras están apenas por descubrirse.

Los nuevos estudios sobre el funcionamiento de la oralidad y escritura en diferentes sociedades y épocas constituyen nuevos retos para la metodología histórica, que generan preguntas profundas sobre las representaciones colectivas y los procesos cognitivos humanos reproducidos a través del tiempo.

<sup>24</sup> Francois-Xavier GUERRA, Annick LEMPÉRIERE *et al.*, *Los espacios públicos en Iberoamérica, ambigüedades y problemas, siglos XVIII-XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1998.

<sup>25</sup> Guerra se refiere particularmente a la visión teleológica de la historia que subyace en el estudio de Habermas, al olvido de formas de comunicación como el pasquín y el libelo o los efectos populares del rumor a la poca atención dada a las prácticas políticas representativas en los espacios públicos, así como al desconocimiento de Habermas de los usos tanto políticos como ideológicos de la palabra *burguesía* en los países hispanoamericanos.

Desde la perspectiva de la historia cultural valdría la pena preguntarse sobre el concepto útil de *región cultural*, atendiendo a la dinámica de los flujos culturales, a la producción y difusión de bienes culturales y a la mundialización de ciertas representaciones.

La dinámica de las prácticas y representaciones culturales nos obliga a revisar nuevas posibilidades de regionalización y de intercambios entre los grupos humanos, no previstas aún por la literatura existente. Al respecto dice el antropólogo Jack Goody que existe siempre una selección arbitraria del investigador, que cobra sentido en función de las preguntas del investigador y donde al parecer el método comparativo es una ayuda valiosa.<sup>26</sup>

Nuevos conceptos sobre las sociedades y sus formas de relacionarse mueven asimismo los conceptos de *región* y *frontera*; esto sucede con las recientes formulaciones que desde la filosofía y la antropología se hacen de los procesos interculturales. En este sentido, las naciones han sido arbitrariamente homogeneizadas en el pasado y, por lo tanto, la aproximación a las regiones históricas en función de sus referencias étnicas requiere un trabajo analítico renovado que sobrepone otras fronteras y construcciones, diferentes de las de la tradicional geografía política.<sup>27</sup>

Quiérase o no, la etnogénesis de estos pueblos y territorios se ha convertido en un conocimiento emergente, sostenido por los nuevos movimientos sociales y étnicos que demandan la restitución de historias negadas y olvidadas de los pueblos originarios. Historiadores como Jean Chesneaux han planteado la necesidad de escribir una historia desde la perspectiva de los colonizados. Asimismo, Marc Ferro y Eric Wolf se preguntan por el derecho a la memoria de esos pueblos sin historia y/o desterritorializados por los efectos de la colonización.<sup>28</sup>

147

<sup>26</sup> Jack GOODY, *Representaciones y contradicciones*, Barcelona, Paidós, 1999, en este texto señala que las representaciones constituyen la esencia de la cultura y comunicación humana. A él le interesa investigar la desigual distribución de las representaciones artísticas y religiosas a través de íconos, teatro y novelas, que se encuentran en unas sociedades y en otras no. Se pregunta por ejemplo sobre la ausencia de flores en el África negra y tras esta interrogante encuentra que el empleo de las flores es rechazado en algunas sociedades o en determinadas épocas de su historia dentro de una misma sociedad. En esta investigación muestra que existen fenómenos culturales que requieren contextos diferentes de estudio: selecciona representaciones de Oriente, Occidente y África y sus transformaciones en el transcurso de ¡dos milenios!

<sup>27</sup> León OLIVE, *Multiculturalismo y pluralismo*, México, UNAM, Paidós, 1999. Miguel Alberto BARTOLOMÉ, *Procesos interculturales*, México, Siglo XXI, 2006.

### Conclusiones

Como se anunciaba en la introducción, en este trabajo se recuperan más interrogantes que reflexiones pulidas y subyace a lo largo del mismo el interés por comprender los desplazamientos y ausencias que desde la disciplina histórica se han convertido en nuestras prácticas para construir nociones espaciales.

En la actualidad coexisten varias tradiciones académicas entre geógrafos e historiadores que ponen en práctica variadas formas de interrelacionar conocimientos. El reto para todos es el de la renovación reflexiva, el análisis de las formas tradicionales para hacer historia y geografía regional. No es posible seguir con los mismos planteamientos de hace veinte años, cuando la región en sí misma ha cambiado rápidamente en un contexto globalizado. La revisión de las formas regionalistas de hacer historia conlleva la crítica a concepciones de los años sesenta y confirma asimismo que el espacio regional vivido es ampliamente rico en posibilidades y vínculos explicativos.

148

La región geográfica como algo invariable e inamovible no cumple ya ni siquiera como referencia descriptiva del entorno y de lo que sucede en la realidad, pues las alteraciones climáticas, la urbanización, la migración, el reconocimiento y emergencia de identidades étnicas y culturales, entre otros factores sociodemográficos y geohistóricos, son cambiantes e inestables.

Por ello los investigadores tendremos que aproximarnos al estudio de la región "como hipótesis", hacer las propias construcciones, elecciones, acotamientos y representaciones. Navegar sobre mapas, con instrumentos de su propia inventiva como preguntas, hipótesis históricas, culturales, ecológicas, demográficas, económicas y una gama infinita de posibilidades de investigación.

<sup>28</sup> Jean CHESNEAUX, *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores*, Madrid, Siglo XXI, 1977; Marc FERRO, *Cómo se cuenta la historia a los niños en el mundo entero*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990; Eric R. WOLF, *Europa y la gente sin historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

## Bibliografía

- BARTOLOMÉ, Miguel Alberto, *Procesos interculturales*, México, Siglo XXI, 2006.
- BRAUDEL, Fernand, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, tomo I, México, Fondo de Cultura Económica, 1976.
- BURKE, Peter, *Sociología e historia*, Madrid, Alianza Editorial, 1987.
- CHESNEAUX, Jean, *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores*, Madrid, Siglo XXI, 1977.
- DE LA PEÑA, Guillermo, "Territorio y ciudadanía étnica en la nación globalizada", en *Desacatos, Revista de Antropología Social*, num. 1, México, CIESAS, primavera de 1999, pp. 13-27.
- DUBY, Georges, "La historia cultural", en Rioux, Jean Pierre y Jean-Francois Sirinelli Coords, *Para una historia cultural*, México, Taurus, 1999, pp. 449-455.
- FERRO, Marc, *Cómo se cuenta la historia a los niños en el mundo entero*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.
- GONZÁLEZ, Luis, "Microhistoria para multiméxico", en *Historia Mexicana*, vol. XXI, núm. 2, México, El Colegio de México, octubre-diciembre de 1971, pp. 225-241.
- , *Pueblo en velo, microhistoria de San José de Gracia*, México, El Colegio de México, 1968, 1972.
- , *Invitación a la microhistoria*, México, SEP/Setentas, 1972.
- , "Terruño, microhistoria y ciencias sociales" en Pedro PÉREZ HERRERO, (comp.), *Región e historia en México (1700-1850). Métodos de análisis regional*, Antologías Universitarias, México, Instituto Mora, UAM, 1991.
- GOODY, Jack (Comp.), *Cultura escrita en sociedades tradicionales*, España, GEDISA editorial, 1996.
- , *Representaciones y contradicciones*, Barcelona, Paidós, 1999.
- GUERRA, Francois-Xavier, Annick Lempériere et al., *Los espacios públicos en Iberoamérica, ambigüedades y problemas, siglos XVIII-XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1998.
- LE GOFF, Jacques et al., *La nueva historia*, Diccionario del saber moderno, Bilbao, España, Ediciones Mensajero, s.f.
- LEROY LADURIE, Emmanuel, *Histoire du climat depuis l'an mil*, París Flamarión, 1967.

- MORENO TOSCANO, Alejandra, "El paisaje rural y las ciudades: dos perspectivas de la geografía histórica", en *Historia Mexicana*, vol. XXI, núm. 2, México, El Colegio de México, octubre-diciembre de 1971, pp. 242-268.
- OLIVE, León, *Multiculturalismo y pluralismo*, México, UNAM, Paidós, 1999.
- PÉREZ HERRERO, Pedro (comp.), *Región e historia en México (1700-1850). Métodos de análisis regional*, Antologías Universitarias, México, Instituto Mora, UAM, 1991.
- RAISON, Jean Pierre, "Geografía Histórica", en Le Goff, Chartier, Revel et al., *La nueva historia*, Diccionario del saber moderno, Bilbao, España, Ediciones Mensajero, s.f., pp. 234-245.
- RIUX, Jean Pierre y Jean-Francois SIRINELLI, *Para una historia cultural*, México, Taurus, 1999.
- STONE, Lawrence, *El pasado y el presente*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- TARACENA ARRIOLA, Pedro, "Región e historia", en *Desacatos, Revista de Antropología Social*, núm. 1, México, CIESAS, Primavera 1999, pp., 28-35.
- 150 VAN YOUNG, Eric (ed.), *Mexico's Regions, Comparative History and Development*, San Diego, Center for U.S.-Mexican Studies, UCSD, University of California, 1992.
- WALLERSTEIN, Immanuel (coord.), *Abrir las ciencias sociales*, México, Siglo XXI, UNAM, 1996.
- WOLF, Eric R., *Europa y la gente sin historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.
- , *Figurar el poder, ideologías de dominación y crisis*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- YÁÑEZ, Agustín, *Al filo del agua*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.